

# Alan, el gatopardo

El panorama de la política actual muestra tres tipos de actores: 1) los terroristas, por su posición extrema en relación al Gobierno de George W. Bush y, en general, a la política occidental, constituidos en grupos o redes que no pertenecen necesariamente a una nación, que no tienen ejércitos regulares y utilizan la violencia contra las poblaciones civiles; 2) los gobiernos latinoamericanos que toman distancia frente a las políticas económicas neoliberales y, por lo tanto, se convierten en adversarios de la Administración Bush, o sea, en miembros del eje del mal; y, 3) aquellos gobiernos que se someten a las políticas neoliberales, a la autoridad de Bush, a pesar de la derrota de los republicanos en las últimas elecciones, y funcionan como sus aliados incondicionales en los momentos de conflictos bélicos y para todo lo que necesite usted.

El segundo Gobierno de Alan García Pérez se ubica en el tercer casillero. ¿Lo hace por convicción, por interés o porque no tiene otra opción? Lo que sí queda claro es que la figura del Presidente de Estados Unidos funciona como el eje fundamental de la política mundial. Cuán lejos o cerca se esté de él, define el desempeño político. El TLC es también un criterio para medir los grados de aproximación. El Perú se muere por firmarlo, Uruguay lo ha rechazado.

Es más cómodo gobernar con el aval del Gobierno de Estados Unidos. Es mucho más fácil gobernar bajo la sombra de George W. Bush. Es como cuando en el colegio tenías como amigo al matón de la clase: nadie se metía contigo. No hacerlo, cuestionarlo, significa una cierta rebeldía. En el extremo de esa rebeldía latinoamericana se encuentra el reelecto Hugo Chávez, y un poquito más abajo el derrotado candidato izquierdista mexicano Andrés Manuel López Obrador. En ese *continuum* encontramos a los presidentes de Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia y Ecuador. Claro, el Presidente del Ecuador es tan frágil como el de Bolivia. Rafael Correa y Evo Morales son los chicos malcriados de la clase y los pueden expulsar del colegio si se siguen portando mal. Lula y Néstor Kirchner, en cambio, tienen un margen de negociación, y eso es precisamente lo que pretenden: un margen de movimientos autónomos para pensar democráticamente el siglo XXI. El Brasil y la Argentina se merecen mejor trato. No son países que usen pantalones cortos. Tienen sus propios planes y sus propios intelectuales. Lo que buscan es un espacio para negociar de tú a tú, como cualquier país que se respete.

En ese contexto, solamente el Perú y Colombia han asumido una política conservadora, porque continúan aplicando las medidas neoliberales en la economía, se someten a la autoridad política estadounidense y sus aliados principales son los empresarios. Incluso, podríamos decir que los grandes empresarios prefieren a Alan García de Presidente que a Lourdes Flores, y están más cómodos con él. Atrás quedó el fantasma de la «bestia negra» que García proyectaba en la derecha después de su primer Gobierno. Arturo Woodman, uno de los hombres fuertes del Grupo Romero, ex candidato a la Primera Vicepresidencia de la República por Unidad Nacional, es actualmente el presidente del IPD. Y Rafael Rey, el hombre público más influyente del Opus Dei y un político cercano al empresario Dionisio Romero, es uno de sus ministros. Nada menos que Ministro de la Producción.

Durante la campaña electoral, Alan García repitió un estribillo: «Lourdes es la candidata de los ricos». ¿Los empresarios son los ricos en el Perú? ¿Tiene algo de malo ser rico en el Perú? ¿Es malo ser un empresario? Pues bien, Alan García es mucho más rico que Lourdes Flores, una chica de clase media, educada en un colegio de monjas de clase media, que ha vivido siempre en un barrio clasemediero. No ha vivido en París. No tiene una familia numerosa que mantener. Es austera, creyente, practicante, quizá aburrida y se junta con las personas equivocadas, pero no es rica. Nadie duda de que en estos primeros cinco meses de gobierno los mejores amigos de Alan García son los que hasta hace poco fueron los mejores amigos de Lourdes Flores. Y que también fueron los mejores amigos de Fujimori, etcétera. Según una reciente encuesta de la Universidad de Lima hecha a presidentes del directorio de compañías, 92 por ciento aprueba la gestión del presidente García. La sensación que queda es que el Gobierno aprista gobierna con los empresarios y para los empresarios. ¿Cuánto durará el cariño?

El otro estribillo de la campaña de Alan García fue el del «cambio responsable», marketera frase

para distanciarse del cambio anárquico que representaban Ollanta Humala y su gente. La pregunta de fondo es, sin embargo, ¿cuál cambio? Quizá la tan mentada madurez política de Alan García consista en no hacer ningún tipo de cambio social y económico, sino moverse en un conservadurismo sin una oposición en el frente. Desde los días de la campaña, García nos da a entender que su lenguaje político consiste en adormilar, en mecer a la gente, en dirigir la agenda que él quiere imponer, en hacer del discurso un fin en sí mismo. ¡Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra!, le recordaría desde su terruño el poeta César Vallejo, ¿qué pasaría? ¡Más valdría, en verdad, que se lo coman todo y acabemos! Y eso que Vallejo sí vivía de la palabra y, por lo tanto, cuestionaba su integridad moral si no conducía a la acción. Pero Alan García la malbarata, la regala, la alquila: que la pena de muerte para los violadores de menores, que la pena de muerte para los terroristas, que los profesionales de las ONG ganan sueldos jugosos, que no las fiscalizan, y así, de tumbo en tumbo, la idea que va quedando es que no se debe hacer ningún cambio social, político o económico, y lo que sí se debe hacer es negocio, grandes negocios, enviando señales claras a los empresarios de que no tienen nada que temer. Y, ya se sabe, lo que más aprecia un empresario es que no le cambien sus reglas de juego. De ahí que también extrañen a Fujimori y admiren a Pinochet.

Estar bajo la sombra de George W. Bush implica gobernar tranquilo, sin una oposición entre los que mueven la economía. El recientemente elegido presidente del Ecuador, Rafael Correa, ya está en la obligación de fijar posiciones, de hacer declaraciones que tranquilicen y que garanticen el normal funcionamiento de su sociedad. El cambio equivale en América Latina a la aventura (responsable o no) o un viaje árido al pasado, a las ideas que ya ha sido demostrado que no se aplican. La consigna es NO al cambio. El pensamiento único es la continuidad. Todo anda bien. Chévere. Suave. Y si te atreves a engrosar el grupo de los disidentes en América del Sur, caerá sobre ti todo el peso de la autoridad del país del Norte. El reglazo o el cocacho al alumno desobediente.

¿Qué ha pasado en el Perú? ¿Por qué los ciudadanos votan masivamente por las posiciones de derecha o por las más conservadoras? ¿Quién y cómo les ha metido miedo a las políticas que signifiquen un cambio en sus vidas? ¿O es que los peruanos viven bien? Alan García ganó la presidencia porque le pusieron a un candidato que representaba todo lo anárquico del cambio; era el gobierno del absurdo y del caos. Pero si Alan García hubiese tenido que enfrenar a Lourdes Flores, perdía. Perdía porque Lourdes era considerada más de derecha que García. Era la candidata de los ricos. Y él encarnaba el cambio responsable. Es decir: el no cambio. Alan es el gatopardo de la avenida Alfonso Ugarte. Es el ajuste de piezas hacia la derecha. Es el universo criollo que se pliega a los españoles durante la revuelta de Túpac Amaru, en 1780, y lo deja solo con la masa indígena.

La masa indígena se lee ahora como aquella masa excluida al sur del país, el rincón que no conoces, que vota siempre por el candidato independiente, por el famoso *outsider*, que lo saque de su extrema pobreza. Ese lugar del país fue el escenario del alzamiento de Sendero Luminoso, y esa masa indígena, no lo olvidemos, fue la gran víctima de las atrocidades del terrorismo. Esa masa indígena es la que votó por Alberto Fujimori, por Alejandro Toledo y por Ollanta Humala. Esa masa indígena, o no tan indígena, pero sí excluida y pobre se extiende por el sur, de Puno a Arequipa, a Apurímac, a Ayacucho y a Huancavelica. Esos peruanos que casi ya no lo son porque los hemos olvidado y nos tienen que recordar que son tan peruanos como los criollos de las grandes ciudades de la costa y como los peruanos emergentes del tráfico de coca en la selva. La mancha india, como se la llamaba despectivamente, anda en busca, si no de un inca, de un candidato que llegue a la presidencia como Morales o Correa. Los resultados de las elecciones regionales son una señal de esa búsqueda. Los partidos nacionales están replegados, los independientes ascienden al poder.

¿Cuál es la tarea de Alan García frente a ese importante sector social? En esos lares no ha ganado nunca. El sur díscolo y revolucionario fue el territorio comanche de Ollanta Humala. Y como ahora está libre, los fujimoristas le han echado la soga. Los fujimoristas necesitan de Fujimori para llegar al poder. Sin Fujimori nada son. Y por llegar al poder están decididos a creer con una fe ciega en su inocencia, a olvidar sus actos de corrupción; son capaces de liberar a Montesinos y proclamar, una vez más, a Keiko como Primera Dama. ¿Qué hace el Gobierno aprista frente a esta posibilidad? Nada. Absolutamente nada. Mira hacia otro lado. O, lo que es peor, descuida ostensiblemente el desmoronado sistema

anticorrupción que investigaba al decenio fujimorista y le corta las alas al proceso de extradición. Para el APRA, esos temas no son los importantes. Porque, ya lo sabemos, en materia de corrupción, el partido de la estrella tiene rabo de paja.

Pensamos que el APRA es cómplice del fujimorismo. Desde estas mismas páginas dijimos hace varios meses que el APRA y el fujimorismo tenían una alianza turbia y tácita. No solo por coordinar con las fuerzas fujimoristas en el Congreso, sino por la total apatía para acercarse y resolver los profundos problemas de exclusión que se concentran en el sur peruano. Cuando Alan García obtuvo la presidencia, todos le reclamaron que no olvidara a aquella población. Sin embargo, nada ha hecho al respecto. La educación y la salud andan volando bajo. La corrupción militar es un cáncer, y ante la soberbia y desagradable figura de Alberto Fujimori en Chile, no ha tenido una respuesta digna de un mandatario. Tanta neutralidad desagrada. Tanta neutralidad llama a sospecha. Y los halagos que recibe de parte del prófugo parece que son de su agrado.

¿Qué pasará el año 2011? Esa es la pregunta de fondo. Porque si Alan García regresó al gobierno, ¿por qué no lo va a poder hacer Fujimori? ¿Ese es el juego? ¿Eso es lo que se cocina a escondidas? Hoy por mí, mañana por ti. Favores se pagan con favores. Para mis amigos todo, para mis enemigos el peso de la ley. ¿Cambio? ¿Quién habla de cambiar? ¿Llorar? ¿Quién habla de llorar? Lloro, lloro corazón, y como Alan es un criollazo de marca mayor, pata del Zambo Caverro, el floro y la mecedora son las herramientas claves de su gestión.

Pero el Perú es un pueblo dormido. Un mendigo sentado en un banco de oro. Un pueblo amnésico. Los cambios dan flojera. Amarra el macho, amarra el juego. Ponla al piso. Pon la pausa. Llevemos la misa en paz. A este paso, es probable que Fujimori le ceda la posta otra vez a García. Y así por los siglos de los siglos...

¿Y Chile? ¿Qué dice Chile a todo esto? Chile se encuentra en el camino de la sensatez y le interesa hallar el correlato certero entre las palabras y las acciones. Michelle Bachelet es el cuarto presidente de la coalición de socialistas y demócratas cristianos después de la dictadura de Pinochet. Es la continuidad de otro tipo: fruto de un pacto social y político, de un acuerdo mínimo en puntos esenciales en su proyecto de nación. En Chile existe un gobierno en acción desde hace veinte años. ¿A qué vienen, entonces, las comparaciones odiosas de Alan García? ¿Por qué quiere ganarles? ¿Ganarles en qué? ¿En floro? ¿En criollada? Chile nos ha sacado cincuenta años de progreso y desarrollo y... ¿Le hacemos una «chalaca» al Perú? ¿Le hacemos una «chalaca» al país del pisco, de la chirimoya y la «chilena»? Chile detestará tener como vecinos a peruanos y bolivianos, una mala compañía, porque el país del sur mira a otro lado, hace negocios con Asia, busca otros mercados, tiene un dinámico plan de desarrollo comercial, ve negocios donde nosotros vemos tradición, hace dinero mientras nosotros metemos cuento.

Y de cuento en cuento, cómo se le extraña a Julio Ramón Ribeyro, el artista del género que solo permite ganar por *knock out*. Nada de puntos. Nada de fufulla. Un golpe certero, y ya. (ASL/MPO) ■